

068. Vestidos perfumados

El ambiente moral que le tocó respirar a Pablo en aquellas regiones grecorromanas donde fundó la primeras Iglesias era malsano de verdad. Y contemplando lo que puede ser el Evangelio, les dice a los de Corinto:

- *¡Imitadme a mí, como yo imito a Cristo!... Por nosotros se va esparciendo el perfume de su Evangelio... Porque somos el buen olor de Cristo para todos, para los que se salvan como para los que se condenan: para los que se salvan, porque lo aspiran complacidos; para los que se condenan, porque lo rechazan, y prefieren el olor del infierno* (1Corintios 4,16; 2Cor. 2,15)

La fuerza de estas palabras está en esa expresión *olor de Cristo*, que lleva consigo el que se ha revestido de Jesucristo, como es el bautizado, porque, como dice a los fieles de Galacia, *todos los que habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo*.

Y Cristo, como le canta el salmo al Rey Jesucristo en el día de su boda con su esposa la Iglesia, lleva unos *vestidos que son pura mirra, y áloe y acacia*, de tan bien que huelen y embriagan... (Salmo 44,9)

Eso de llevar vestidos perfumados era una moda de ricos orientales. Dicen que hoy los japoneses quieren hacer lo mismo, esos japoneses que ya no saben qué inventar...

Un día salió en el periódico esta noticia, que tuve la ocurrencia de copiarme, porque llevó mi pensamiento a otras esferas. Decía así la curiosa noticia:

- *Varias firmas japonesas del sector textil están compitiendo en la fabricación de telas perfumadas, con olor a canela, menta, romero y otros aromas naturales, de modo que camisas, trajes, abrigos y blusas ya no servirán sólo para lucir elegantes, sino para embalsamar el ambiente con perfumes arrobadores. Y piensan en algo más, como es utilizar hierbas medicinales en las tinturas, a fin de fabricar tejidos que sean beneficiosos para la salud.* (La Prensa, 26-IX-1991)

Esta era la noticia, y ciertamente que no está mal. Y diríamos que tiene hasta un sabor bíblico encantador. Pareciera como si los japoneses quisieran traducir a nuestra vida real la imagen bella de Isaac cuando besa a su hijo Jacob y huele sus vestidos, antes de darle la bendición:

- *Mira, el perfume de mi hijo es como el aroma de un campo que ha bendecido Dios.*

Vestidos también, esos nuevos del Japón, que quieren ser como el de Jesús, del que decía aquella pobrecita enferma del Evangelio:

- *Como logre tocar sólo el borde de su manto, ¡quedo curada!... (Mateo 9,21)*

Vestidos perfumados..., vestidos que comunican salud... ¿Habíamos pensando alguna vez en esta ocurrencia de los japoneses?

Pues, la realidad mística que nos enseña la Biblia es mucho más antigua de lo que quiere ser ese invento moderno...

Y aquí tenemos nosotros, cristianos y católicos, un ideal de vida: llevar perfume y salud a un mundo que no respira sino aire contaminado, tan desagradable como insano.

El hombre, redimido por Jesucristo, ha dejado atrás el olor pestilencial del pecado, barrido por el soplo impetuoso y vivificante del Espíritu, y ahora no hace más que esparcir el buen olor de Cristo.

Además, la Jerusalén liberada, símbolo de la Iglesia y de todos los redimidos, exclama jubilosa por Isaías:

- *¡Dios me ha vestido con ropas de salvación!* (Isaías 61,10)

Hubo un Santo famoso, que llenó la Roma del siglo dieciséis. Por perfumada que anduviese una persona, si estaba en pecado, aquel hombre de Dios lo notaba instintivamente, y le invitaba con amabilidad y buen humor al arrepentimiento y al perdón:

- *¿Por qué no se lava, que no huele bien?... (San Felipe Neri)*

Mientras que Teresita, la gran Santa moderna, al morir y ser expuesta en el ataúd, esparció a través de sus vestidos mortuorios un fuerte olor a azucenas, que la incipiente corrupción del cadáver no podía superar.

Así, el bautizado aparece como una persona feliz, rebosante de salud, perfumada y llena de simpatía, que comunica al mundo eso de que el mundo de hoy está tan necesitado: alegría, salud, testimonio y ejemplo. Es la estampa de aquel que se pone sus mejores vestidos para disfrutar de un banquete de gala.

Todos estamos acordes en pensar y en decir que hoy en el mundo se respira un ambiente moral malsano. Cuando la Historia venidera estudie nuestros tiempos no se formará ciertamente un juicio muy favorable sobre la sociedad en que nos toca vivir.

Nosotros, como cristianos, comprobamos el hecho, pero no nos cruzamos de brazos perezosamente. Nos proponemos trabajar por comunicar al mundo el perfume de Cristo que llevamos en nosotros por la gracia de Dios. Queremos que quien nos trate, sienta que llevamos dentro a ese Jesucristo que llena de aromas divinos el Cielo...

Los japoneses nos quieren ofrecer ropas aromáticas y muy saludables. ¡Bienvenidas sean!...

Pero nos las había ofrecido ya mucho antes aquel Jesucristo de quien nos dice la Biblia (Cantar 1,3), con imagen encantadora, que nos arrastrará a todas almas detrás de Sí, en seguimiento de sus perfumes embriagadores...